MIENTEN

Bárbara Darder

MIENTEN

Bárbara Darder

Avant
editorial

Primera edición,niviembre de 2023
©Bárbara Darder, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-42-8
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-33121-2023

A Ángeles Franco, in memoriam.

PARTE I

LA MISIÓN

Victoria, ovillada en el camastro de los calabozos de la Puerta del Sol, se pregunta si Miguel dejará que la encarcelen. ¿Se arriesgará a que la misión se vaya al traste? ¿Se arriesgará a que se descubra que es una agente infiltrada? ¿Se arriesgará a dar lugar a especulaciones de una guerra entre Servicios?

La esperanza que le queda para librarse de la acusación de asesinato es que Miguel no pueda prescindir de ella para terminar la misión.

***

La misión empezó dos años atrás, el día en que Victoria, tumbada en la hamaca tomando el sol con su *bikini* verde de lunares negros y la piel blanca del rostro protegida por una pamela de paja, vio interrumpidas las vacaciones por el telegrama que le entregó el recepcionista del *resort* para militares al que acudían todos los veranos. Se incorporó. Las velas de la regata que a diario salpicaban el mar como pájaros danzantes parecían ancladas en el Mediterráneo, el sol quemaba el agua y una ligera bruma

cubría el horizonte. Hubiera preferido pasar las vacaciones en la costa norte de la isla, el refugio de Robert Graves, su escritor preferido; pero Félix, su marido, imponía ese enclave reservado a militares: se entretenía con las partidas de cartas y en compartir tiempos heroicos con algún compañero de las colonias africanas.

El telegrama la reclamaba en Madrid al día siguiente a primera hora. Se alegró. Las vacaciones nunca suponían un descanso, los requerimientos sexuales de Félix se hacían más frecuentes **y** estaba cansada de esquivar el deber de esposa. Eso había sido el sexo con el marido durante veinte años: un deber. Otro deber. También en las vacaciones Álvaro, su hijo, se aburría y se ponía más irascible con el padre y el padre con el hijo. Y ella tenía que debatirse entre dos deberes.

Se trataba de algo importante si Miguel interrumpía sus vacaciones. No hacía dos meses de los veintiún muertos del atentado de ETA en un Hipercor de Barcelona. ¿Una misión en el país vasco? Se incorporó de la hamaca de un sobresalto: no le gustaría tener que volver a las misiones del país vasco, no le gustaría reencontrarse con Begoña. Pero eran tiempos duros y ella tenía que estar donde los Servicios la necesitaran.

El día anterior por la tarde, al terminar la partida, Félix se había acercado a las hamacas donde Álvaro y ella leían. Álvaro no levantaba la vista de la *Diosa Blanca*. Había heredado la pasión de la madre por la mitología y se divertía comentando las alusiones de Robert Graves sobre algunas costumbres mallorquinas. Aquella tarde, había descubierto que la colección de figuras de cerámica blanca, pintada con primitivas rayas rojas y verdes, los silbatos que los mallorquines conocían como *xiurells*, eran representaciones de la diosa con los que los isleños ahuyentaban a los vientos del norte en la época del aventamiento de los cereales.

Félix llegó con una copa de coñac en la mano. Se sentó a los pies de la hamaca de Álvaro.

—¿Todavía sigues con eso? —le dijo, señalando el libro con la mano que sostenía la copa.

—Es lo más espectacular que he leído nunca.

—Espero que aprendas que los dioses vencieron a las diosas hace mucho —dijo, apurando la copa.

Victoria no recordaba haber visto a Félix borracho nunca, pero sí bebido. En estas ocasiones, desataba la amargura, que ella atribuía a la herida que le había dejado cojo, sobre el que tenía más cerca. Había sufrido esos arrebatos. Después, Félix se arrepentía y se refugiaba horas y horas ante la pantalla del televisor viendo documentales de la Segunda Guerra Mundial. A Victoria esos ataques de ira la desconcertaban mucho, aunque los prefería a que el alcohol le encendiera las ganas de sexo.

—No sé si mamá está de acuerdo contigo.

—A tu madre le viene bien entretenerse. Pero tú eres un hombre, te dije antes de salir de Madrid que te olvidaras de estudiar Historia y te matricularas en Económicas o en Derecho. Puede que seas el primer hombre de la familia que no pase por la Academia de Zaragoza, pero no voy a permitir que estudies una carrera que no sea de provecho.

Álvaro había mirado a su madre en busca de ayuda. Ella se había levantado y estaba doblando la toalla. No tenía ganas de enfrentarse a Félix ni entendía la cerrazón de Álvaro, con cualquiera de las dos carreras que le proponía el padre tenía el futuro asegurado y podía dejar la mitología para el tiempo libre, como había tenido que hacer ella.

—Puedo buscar trabajo y pagarme la carrera que quiera.

—Vaya, no te pongas chulo que te doy —dijo Félix, con la cara roja.

Victoria se sobresaltó. Félix había pegado un solo bofetón a su hijo. A los ocho años. Le habían regalado una Polaroid por su cumpleaños y no paraba de sacar fotos. Álvaro había olvidado la prohibición de no hacer fotografías de las personas sin avisar; y al tomar una del padre, el abuelo, Miguel y un desconocido jugando a las cartas en una de las mesas de la acera del bar de la pensión de los abuelos en Canfranc, Félix se había levantado para propinarle un bofetón y quitarle la Polaroid para el resto de las vacaciones. Diez años atrás, el niño no había soltado una lágrima ni se había llevado la mano a la mejilla. Si Atenea, la diosa estratega, estuviera ahora en su lugar, se inclinaría por un aplazamiento para ganar la guerra y cortó la discusión con la excusa de ser hora de prepararse para bajar a cenar.

Félix se había levantado pronto para ir a pescar en el *llaud* de un conocido y Álvaro estaría durmiendo; así que, les dejaría una nota en la recepción y avisaría a Lorenzo de su regreso, echaba en falta sus abrazos.

***

Álvaro no dormía. Tenía la *Diosa Blanca* entre las manos. Sin embargo, no leía. La amenaza del padre del día anterior lo tenía más sorprendido que asustado. Se llevó la mano a la mejilla, como si el dolor del bofetón que había recibido de niño no hubiera salido a la superficie. No conseguía llevarse bien con su padre: desprendía un hálito de tristeza ruda que se metía en todos los rincones de la casa y él, que compartía los mismos ojos

grises, casi transparentes, hubiera podido heredar ese carácter hosco de no ser por el colegio en el que estuvo.

En el colegio se había sentido libre. Pocas normas. Mucha alegría. Y a su madre los hombros se le relajaban las tardes que lo recogía y hablaba con otros padres que habían sido compañeros en la universidad, entre ellos Lorenzo, el padre de Flavia. Durante años fue a recogerlo todos los días. Le gustaba. A pesar de que en cuanto dejaban atrás la puerta del colegio y se sentaban en el coche los dos volvieran a la rigidez que ahuyentaba los sentimientos y los acompañaba como un nubarrón denso. Su padre desaprobaba el colegio: le hubiera gustado que fuese a los escolapios, el colegio dónde había estudiado antes de la academia militar de Zaragoza. No recordaba haber visto al padre por el colegio más que el mayo pasado cuando, en una prolongación de la infancia, jugaban a ser pájaros en el patio, se cayó de la higuera y se rompió un brazo. Su madre estaba de viaje en Egipto. Le trajo un pergamino con su nombre. Le hubiera gustado presumir del jeroglífico con los amigos; pero, en la familia, las cosas de la casa: comidas, fiestas, muebles nuevos, vacaciones y viajes de fin de semana no se comentaban con nadie. Flavia sí hablaba con Lorenzo, llamaba al padre por su nombre, continuaba afiliado a Comisiones Obreras, el sindicato comunista de la petrolera en la que trabajaba. A eso se debían los frecuentes viajes a los países árabes. «El petróleo manda», comentaba Flavia que solía decir el padre.

Sus padres se habían interesado poco por él. Poco más que: ¿cómo iban los estudios? ¿qué amigos frecuentaba y cómo eran los padres? Se habían sorprendido al decirles que quería estudiar Historia. No lo conocían. Tampoco él sabía muy bien qué le gustaba y qué no, de hecho, tampoco sabía quién era en realidad.

Como si no terminara de salir de la adolescencia. Los padres le habían animado a ser cumplidor y responsable. ¿Ser una persona consistía en eso? ¿Una obligación tras otra?

De niño, su madre le leía la *Ilíada* y la *Odisea* antes de dormir, se había identificado con Aquiles, el héroe que eligió morir joven antes que vivir como un mortal común, ahora, la idea de morir tan joven no le resultaba atractiva.

Por la noche había tenido otra vez la pesadilla en la que observaba las hojas de un helecho a través de los cristales de una estufa tropical. Que se agigantaban. Que se retorcían. Que se asfixiaban en el intento de agujerear el techo de cristal para respirar. Se despertaba sudando, intentaba descifrar el significado del sueño. No sabía que a lo largo de la vida unas pesadillas sustituyen a otras, en ocasiones de forma explosiva.

ATENEA

Victoria ha perdido la esperanza de que Miguel acuda a liberarla. Se encoge sobre el estómago, los retortijones le duelen, está acostumbrada a comer de a poquitos y lleva veinticuatro horas sin probar bocado. Miguel no la sacará de los calabozos como en la otra ocasión.

***

Veinticinco años atrás, el que todavía era el «tito Miguel» la esperaba en el primer rellano de la escalera de caracol que descendía a los infiernos de la Dirección General de Seguridad.

Miguel era amigo de su padre y lo visitaba en la pensión de los abuelos de Canfranc, que ocupaba dos de los tres pisos de un edificio encalado y chaflan redondo. La familia, sus padres y sus abuelos, vivían en el tercero. Miguel la había visto crecer, conocía su afición a recorrer las montañas con su padre, se interesaba por sus conocimientos de la fauna y de la flora y sabía

del vértigo que le daba la bajada de los ibones fronterizos con Francia. Cuando consiguió descender los dos mil metros del estrecho sendero junto al precipicio, el padre se lo contó a Miguel, que colocaba las piezas blancas con la cabeza inclinada sobre las casillas del tablero de ajedrez para la partida que acostumbraba a jugar con Victoria. Miguel olvidó la preparación del juego, miró a la niña, alargó el brazo, «mi pequeña Atenea» dijo, acariciando la cabeza de la adolescente, ocupada en colocar las piezas negras. Victoria, en los largos inviernos de Canfranc se había aficionado a libros de mitología y se sintió muy orgullosa de que Miguel, hacia el que sentía un respeto temeroso, la comparase con la diosa poderosa, sabia, servidora de Zeus.

Miguel le consiguió la beca en la universidad y una plaza en un Colegio Mayor. El padre la acercó en coche hasta Zaragoza para coger el tren. La carretera estaba en muy mal estado, tardaron tres horas en dejar atrás las cumbres grises de los Pirineos, la paleta de colores verdes de abetos, pinos, chopos; imaginó que las tres águilas que volaban en círculo sobre alguna presa se habían alejado del nido en lo más alto de la cumbre para despedirla.

El tren la dejó en la Estación del Norte. Apretones de pasajeros, colas de las taquillas, gente sentada en la plaza pidiendo limosna, gitanas acercándose para vender ramitas de romero o leer la mano, la piedra sucia de la Puerta de San Vicente, el Paseo de la Florida con medio kilómetro de barracones de Renfe abandonados, casas viejas y pobres que se sostenían a duras penas, casas en ruinas, casas convertidas en solares, un hotel de paredes grises que le recordaron los cuarteles de Jaca y el bar de nombre gallego en el que tenía la cita con Miguel.

Al pisar el suelo de Madrid tuvo que forzar la respiración varias veces, como hacía en la bajada de los Ibones. La angustia

se disipó al ver la arboleda del Parque del Oeste, la piedra de granito reluciente del Arco del Triunfo de la Moncloa, la Avenida de la Ciudad Universitaria con los olmos sombreando las aceras, los edificios modernos y amplios de los colegios mayores. Con los años, pisaría los Campos Elíseos de París, las explanadas de las mezquitas de Estambul y muchos otros lugares, pero nunca ninguna de las maravillas que conocería más tarde le produjo el estremecimiento y el ansia de vivir que sintió aquella tarde en la Ciudad Universitaria. Miguel señalaba las distintas facultades como el guía deseoso de mostrar conocimientos que la turista desconoce. El Colegio Mayor, un moderno edificio de ladrillo rojo y amplios ventanales rodeado de un pequeño jardín con cipreses bordeando la tapia terminó de colmar su satisfacción ante la vida nueva que le esperaba. Olvidó la impresión de miseria y tristeza que le había producido la Estación del Norte. No se planteó si podían coexistir dos ciudades: una pobre y triste, otra alegre y rica.

Faltaban unos días para que las clases empezaran y los aprovechó para conocer el metro de Madrid y dar una vuelta en autobús por las calles más céntricas. Necesitaba sacar buenas notas para mantener la beca y el horizonte para el curso que se avecinaba era el trayecto en bus del Colegio Mayor a las aulas de la facultad con vuelta por el mismo camino. La primera mirada sobre la ciudad le reafirmó la impresión de tristeza que había tenido en la Estación del Norte, una ciudad de gente que caminaba con la cabeza baja, aceras con mucho polvo, edificios ennegrecidos, cerilleras sentadas al lado de los portales y olor a fritanga. A la salida del metro de la Plaza Callao, todavía aturdida por su primer viaje subterráneo, se encontró con unos muchachos con boinas rojas que lanzaban papeles al aire y que algunas personas cogían

del suelo. Se agachó para coger uno. El panfleto, ella no sabía aún que así se llamaba el papel, reclamaba la sucesión al trono de España de Carlos Hugo de Borbón Parma y lo firmaba el partido carlista. No tenía ni idea de quien pudiera ser ese hombre y los carlistas le traían ecos de guerras del siglo pasado, un siglo sobre el que en la escuela habían pasado de largo. De adolescente, se había preguntado por qué después de estudiar a fenicios y cartagineses con cierto detalle, después del esfuerzo por memorizar el nombre de los Reyes Godos, las hazañas de la Reconquista y el reinado de los Reyes Católicos se daba un salto a la victoria del Caudillo Franco. Subió a la terraza del Edificio Madrid desde la que se dominaba la ciudad, sobrevoló con la mirada los parches de uralita de los tejados de las casas viejas de los alrededores de la Plaza de España, la solemnidad del Palacio Real y la detuvo en el bosque de la Casa de Campo. ¡Qué contrastes! Tenía mucho por conocer de Madrid; pero, había venido a estudiar duro para mantener la beca. Como cualquier otro mortal desconocía el futuro, no podía saber que las buenas notas dejarían de ser su único objetivo en poco tiempo.

No había previsto el encuentro con las revueltas de los estudiantes y no pudo sustraerse al atractivo de asistir a las asambleas prohibidas, pronto supo que las hojas que volaban desde el primer piso sobre los estudiantes eran panfletos. Un sinfín de siglas políticas y una petición: abolir el SEU, el sindicato fascista, y constituir un sindicato democrático. En quince días se había formado una opinión. Estaba de acuerdo con las peticiones y no entendía los miedos de Miguel, «mantente alejada de ellos, son comunistas». En el Colegio Mayor se organizaban conferencias. En una de ellas, una abogada laboralista que con el tiempo llegaría a ser alcaldesa de Madrid, muy delgada, de hablar

premioso y melena corta rizada, explicó las conclusiones del informe FOESSA sobre el barrio de San Blas de Madrid: falta de baños, escasez de agua, hacinamiento. Los datos de pobreza impresionaron fuertemente a Victoria. La abogada la dejó con ganas de reclamar justicia. A mediados de octubre, las autoridades académicas expedientaron a varios estudiantes que luchaban por el nuevo sindicato, les prohibieron el acceso a la universidad de Madrid obligándoles a matricularse en la universidad de Bilbao. Se convocó una manifestación de protesta en la calle Alcalá. Victoria acudió. La detuvieron y la llevaron a los temidos sótanos de la Puerta del Sol.

Un cuarto de siglo atrás, al ver a Miguel esperándola en el rellano del tenebroso edificio se había sentido tranquila y le habían entrado ganas de comer. Debió de decírselo. No lo recuerda. Las imágenes se detienen ante el café con leche y el tortel sobre el velador de una popular cafetería de la plaza, no recuerda si tomó el desayuno o lo dejó sobre la mesa.

***

Acurrucada en el camastro del calabozo recuerda las palabras de Miguel como si las estuviera escuchando. Hay palabras o situaciones que a lo largo de la vida te vienen a la memoria para recordarte que forman parte de lo que eres, como si nunca terminaran de ser un pasado.

—Tienes que poner al servicio de la patria las dotes que Dios te ha dado. Sabía que terminarías trabajando para mí, mi *pequeña Atenea*, trabajo para la OCN, la Organización Contrasubversiva Nacional. Me han nombrado comisario para asuntos universitarios y tienes que ayudarme a desenmascarar a esos grupos

comunistas que alborotan la universidad, la detención habrá servido para que te consideren uno de ellos. En tu colegio hay una tal Begoña, quiero que te hagas amiga suya y me cuentes todo lo que dice y hace. Quiero saberlo todo.

—No sé si sabré hacer eso.

—Por supuesto que sí. He jugado contigo al ajedrez: retienes la ubicación de las fichas en el tablero, anticipas las intenciones del contrario; solo tienes que mirar, escuchar y fijarte en los detalles.

—Begoña no es comunista, es de las que leen en misa.

—Mira, ya me estás dando un detalle importante. Los católicos progresistas son muy peligrosos. Tienen ínfulas de martirio.

—No sé.

—Mi *pequeña Atenea*, mejor dicho, Atenea de ahora en adelante. Lo harás muy bien.

La *pequeña Atenea* entendió que *tito Miguel* retomaba el interrogatorio empezado por la Brigada Político Social en los calabozos. No le gustaba ser una soplona, pero tuvo miedo de perder la beca y el miedo trazó su destino.

Y así, de la misma manera que Atenea nació de la cabeza de Zeus, la agente especial Atenea fue creada por Miguel Ordoñez.

***

Durante un cuarto de siglo, Victoria no había puesto en cuestión una orden de Miguel. Nunca. Seguía sus órdenes a ciegas, como Atenea las de Zeus.

Con la llegada de los socialistas al poder, Miguel les había sorprendido afiliándose a UGT. Eran las vacaciones de Semana Santa y se ofreció a subirla a Canfranc a visitar al padre al que